

# AGORA

LAS LETRAS, LAS ARTES, EL PENSAMIENTO

ciudad trujillo  
república dominicana  
junio 1 de 1941  
AGUAS Y LIMONEROS

animador:  
baltasar miró  
redacción:  
mercedes, 4

## PAISAJE DE SIERRA

Día a día, cuando duermen los pájaros, el paraje de sierra brava borra metido en sitio con rocío distinto al rocío de los campos. El de allí, porque tiene unto de lumbre, humedece mezclado con las lámparas de los crepúsculos.

Es el paraje una rinconada con pinos y agua despeñada. Las cortezas, que son de un rojo duro, le dan atmósfera al silbo de los pinos; y el agua, que suena siempre, mantiene despiertos a los críos, que sufren de espabilo.

Lugar en todo áspero, bravo. Al sol del trópico se le siente cómo se enreda lejos, donde crecen palmeras y las manos que labran son manos de gentes oscuras.

Mañana a mañana, con las primeras luces, el paisaje de montañas severas despierta donde ha dormido. Y así durante meses. Durante años.

Los que van de fiesta hacen de modo de persuadir.

—Niña, ¿qué mirar es ese?

—De tanto mirar serás como son las piedras.

—Ven con nosotras.

—Nosotras bailaremos hasta que no esconda la última estrella.

La niña responde sin mudar los ojos:

—Podrían venir y no estar yo aquí. Cuando lleguen iremos todos.

Y ya, con tambor y voces de fiesta, la sierra brava y los pinos rojos y el agua despeñada apagan para dormir en los ojos de la niña loca. Loca desde que la madre, de meses la criatura, olvidó que estuviese muy cerca de las candeladas.

## EL PAISAJE DE HOY

El paisaje de hoy no es paisaje con palomos dormidos en la lumbre de los naranjos. Faltan montañas, y voces de camino, y aguas lamiendo las piedras oscuras.

La última luna, posó en el sueño de las criaturas. Pero es luna como todas, capaz de hacer asomos en la doncella de las doncellas. Y las estrellas estaban ya, cuando rodaron sobre la tierra, las sombras del retorno.

El paisaje de hoy no es paisaje como los demás paisajes. Ni palomos dormidos en la lumbre de los naranjos, ni montañas, ni voces de camino, ni aguas lamiendo las piedras oscuras, ni luna, ni estrellas. ¡Nada vulgar!

El paisaje de hoy es una serpiente enroscada en la redondez de tus pezones.

## BRIZNAS DE COBRE

por RAFAEL AMÉRICO HENRIQUEZ

Rafael Américo Henríquez, alto poeta lírico, gran señor de soledades, asoma hoy a nuestras páginas con estos poemas maravillosos, inefablemente introvertidos, que fueron escritos "según iba dándole la luna".



## LAS LAGRIMAS

—No entre usted. Le daría apuro. Todos hacen por entrar. Los de aquí y los que viven remotos: estas hierbas, tan humildes, han padecido el polvo de los caminos y el vaho de los ríos.

Mujer vencida por agobio de años. Dos ojos y dos lágrimas. La muerte aguarda a que caigan las lágrimas. Lo único por morir, a lo largo de la figura, son las lágrimas. Dos lágrimas que han crecido y son como piedras, de no rodar.

—¿Le habrán enterado? Los caminos habían. ¡Pobre hija! Todo bien, menos las manos. El mal le vino con la luna. La luna no quería despegar de una torre. Claro, aquí no hay torres. Allá sí. Y como no marchaba, decían las gentes: "Está atada donde haya torres. Busquen la torre y ya verán". Entonces las manos de mi hija empezaron a sentir que enloquecían. La locura de la luna aquella, que no quería despegar de la torre, donde la hubiera. Y como aquí, para cada torre que haya, hay un camino, las manos de mi hija no escondieron que estaban locas. Trabajo me dió persuadirla de que debía entrar. Ahora, ya no sale.

Las dos lágrimas brillaron como si fuesen a rodar.

—¿Oyó usted? Da voces. Siempre ocurre lo mismo. Se empeña en que todos han de entrar. Lo hace esperanzada. Cree ella, que ojos curiosos serán remedio para que curen las manos. Pero, ¿cómo entrar gentes a que le den apuro mirando la desgracia?

Del campo con crepúsculo, sale una voz rota, hendida como tierra con semilla:

—Déjela ya. Las estrellas le hacen daño. Viéndolas recobra el juicio. Y, entonces, ella recuerda unos amores, reñidos en víspera de boda. ¿Y quién asegura que no rodarán las lágrimas de los ojos? Nos quedaríamos sin ninguna. No hay otra así en muchas leguas a la redonda.

## LAS ESTRELLAS

No asomes. Que no son del cielo, ni del mar, ni de los ojos que no cierran, porque el sueño que les viene ya lo soñaron otros. Son silencios que han prendido a fuerza de silenciar. Si faltaran silencios faltarían estrellas. Además, son muchas para ir todas por el espinazo de un sendero; y pocas, poquísimas, para mojar a un tiempo en las aguas de los siete mares.

Pronto la noche bajará a dormir donde los árboles son más altos y la tierra, huidiza de los hombres, será como una oración, como una mano que irá sembrando en los espíritus alerta. Pero... no asomes. No hay que buscarlas. ¿Ves? Están ahí, en tus ojos; y tú no lo sabes. Tú no sabes hasta donde hay silencio donde antes hubo lágrimas. Están en tus manos, corren por tus dedos. Y tus manos y tus dedos son alegres, como gota que salta. Dan muestras de cargar una carga de vientos.

No asomes. Mejor que eso, quiebra pestaña contra pestaña. ¿Ya? Pues capta ahora, con tu sangre atenta, la sangre de los que ya no escuchan el vuelo de los pájaros, porque los fuimos alejando a golpe de barro.

¿Cuántas estrellas! ¿Verdad que sí? Un incendio de paz, claro, profundo, sin agobio de tristeza. Un incendio parecido a esos incendios de la aurora; o, si lo quieres más bello, un incendio igual, idéntico a esos silencios, a esas estrellas que van por tus ojos cuando cesan los cantos y cantan las aguas.

## POR LAS NOCHES

Por las noches, el paisaje grande es una campana de plata escurridiza. En él beben los pájaros y suenan los ríos; y la tierra, movida a ello por las semillas que revientan, es una mancha roja, viva, en marcha.

Por las noches, los pechos de las vírgenes rozan las mantas del lecho y crecen las torres. Y triscan las bestias desunidas. Y duermen los hombres. Y esperan los enfermos.

Los caminos salen de la bulla. Al mar no se le vé. Lo único del mar son los pájaros. Ahora vuelan más acá de la bulla. Son puntos lentos, dispersos; puntos que han tomado por verde de allí, por verde de mar, el verde de los caminos.

Paz de paisaje sin que la haya. Los paisajes de campo aguardan a ser paisajes realizados. Todo ha de llegarles. Las amanecidas, la luna, las estrellas. También las personas. Ocorre que una persona trae el detalle exacto, preciso, para que el paisaje sea paisaje. Por eso son tantos los caminos y tantas las verdades. No abundan los paisajes de campo con un solo camino, con una sola vereda.

En alguna parte del cielo habrá una estrella con luz apenas, vaga, diminuta, como si fuese ella la lágrima que llorase una criatura: los pájaros vuelven a la bulla.

La distancia los escinde del paisaje con pláticas de mozos y de mozas.

Sol todavía. Con sol en las aguas, es noche ya en los gajos de los limoneros.

Después de hacerse a la mar, bien impelida por brisas seguras, la nave de AGORA ha tenido que sortear escollos y temporales.

Los primeros. Agradecemos las voces de aliento y, en especial, la que nos llega de "LA OPINION", noble y entusiasta. Lo repetimos. Nuestras velas están tensas para hacerse a los mejores vientos, seguros de que nuevos entusiasmos vendrán a unirse a nuestra marinería.

## POLICLINICA DEL

Dr. T. Pastoriza Valverde

Calle Padre Billini No. 10, y Duarte No. 74  
Teléfono 1349 — Residencia particular.  
Arzobispo Meriño 13



# LA NOCHE DE LAS MARAVILLAS

por BALTASAR MIRO

Espejismo

A mi hija Marga-Natacha  
Con emoción subterránea  
de palabras imposibles.

Este trabajo, escrito, como primer propósito, para que fuese leído a mi hija, separada por menos de trescientos kilómetros del campo de concentración en el que yo estaba internado, y a la que no pude ver durante más de un año, hasta el momento de ser conducido al barco que debía traerme a la República Dominicana, a la libertad, fué tomando, a medida que lo escribía, proporciones y cualidades de mayor estima, que me animan, hoy, a publicarlo.

Dentro de su aparente irrealidad, del nimbo de magicismo y belleza de que he tratado revestirlo, refleja, bien a las claras, el sufrimiento y la angustia de millares de refugiados de mi país (muchos de los cuales esperan aún el descanso de sus angustias en los brazos fuertes de América), en la — a pesar de todo, por encima de anecdóticos vaivenes históricos — dulce y eterna Francia.

Por fuerza de gratitud y de lealtad, por lo que América ha hecho y puede aún hacer por España desterrada, vaya mi agradecimiento al pueblo dominicano y a su Benefactor y Jefe, Generalísimo Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina, con mi mayor respeto.  
Isla, 26 Mayo, 41. B. M.

En el "marabú" hacía un calor insoportable, pegajoso como el perro grande y feo que nos trae los malos recuerdos, que ensombrece nuestra memoria con la presencia de los hechos que queremos olvidar, de las horas falsas del libro del tiempo en que todos los relojes suenan a tragedia y cuyos ecos repercuten indefinidamente en el fondo de salas olvidadas.

Carlos no podía dormir. Los recuerdos, las ideas y los proyectos se agolpaban en su cerebro, peleándose con furia, con rabia casi, hasta conseguir aturdirle con sus llamadas absurdas.

Salió afuera y se puso a pasear a lo largo de las dos hileras de "marabús". La luna está alta, maravillosa, y en la página azul y blanca del cielo las estrellas son navíos perdidos.

La noche es una buena amiga, una compañera dulce y comprensiva, de dedos suaves que os acarician las sienes cuando estamos tristes y abatidos, sin otro regazo para apoyar la frente que el techo fino del cielo.

Y su voz es tierna como la mano de una hermana que os reprende y os aconseja al posarse sobre vuestro hombro, una voz modulada con todos los silencios y todas las armonías.

Poco a poco, aquellos dedos finísimos de la noche, la novia pálida de todos los enamorados de la belleza, fueron arrancando de su espíritu los pensamientos torpes, los fracasos, las desilusiones. Y los cuervos del mal y del dolor fueron borrados por el recuerdo de una pequeña imagen vestida de blanco, que extendía sus brazos hacia él, tendidos desde una lejanía ignota.

Y le pareció que las estrellas y las delicadas hojas de los sauces, que tienen forma de corazón, repetían las mismas palabras:

—¡Hija! ¡Margarita!  
Entonces, el poeta escribió sobre la blanca cuartilla del cielo, esta poesía, viaje hacia las albas del pasado:

En el jardín  
hay oro de sol  
y palidez de rosas.  
He dejado el libro  
—la frente pensativa—  
para contemplar tus ojos azules  
y tu caballera, airosa y rebelde  
sobre el vestido blanco.  
—¡Papá!  
Qué emoción ese grito  
(¡papá!, ¡papá!)  
al repicar en mi alma.  
¿Eres una niña,  
o una flor, un pájaro, una hoja,  
en la mañana inmensa...?

Más tarde,  
almas mezzuinas y viles  
mancharon nuestra vida.  
Ya no alumbra en el hogar  
la lámpara noble y antigua.  
Tú, estás lejos.  
En el jardín de invierno  
—pálido de colores y lirios—  
se han suicidado tres rosas.  
(En lo alto,  
muy alto,  
las crónicas registran  
el naufragio de una estrella  
en el mar inmenso del cielo.)  
Y en la chimenea  
los leños tienen un crujir lento,  
penoso,  
entre la agonía de las llamas  
y de mi corazón.

Hoy, nos separan fuerzas fatales:  
(el odio, la guerra, el tiempo...)  
Pero tú irás siempre conmigo.  
Por los caminos inciertos,  
por los crepúsculos tristes  
y las noches largas  
como senderos interminables,  
con tus ojos azules  
y tu traje blanco  
y aquella voz que decía:  
—¡Papá! ¡Papá!

Hay aún hadas, espíritus buenos que guían nuestros pasos, que nos protegen del mal y de la desgracia? ¿Existen los pequeños enanos de las leyendas, los "gommos" enemigos de las brujas, que luchan contra las tinieblas y pueden conducirnos hacia países de ensueño, hacia palacios de muros finos y lagos de seda blanca, donde se bañan los olmos y los sauces? ¿O todo ello es hijo de la fantasía, obra del poeta, de cuyo cerebro se escaparon las hadas, los "gnomos" y las brujas de los cuentos, y la vida no es más que una habitación grande y vacía, abierta a todos los vientos y a todos los pesares?

En la noche inmensa, de maravilla, el escritor vió una ventana lejana, hundida en la sombra, en el silencio, y en ella el gracil busto de su hija, que extendía sus brazos —brazos de ternura por encima del tiempo y la distancia— hacia él. Margarita había nacido en

Caspe, una vieja ciudad aragonesa llena de pórticos, de calles estrechas con nombres de romances y voces de campanas. La guerra y el dolor les había separado. Pero hoy la noche es azul y tensa como una bandera de ensueño y Ella le llama desde su lejanía con la voz de la ilusión y del ideal.

Sin darse cuenta, por obra de magia, encontrase fuera de las alambradas, en medio de la carretera. (¡Oh, ingénuos centinelas negros que guardáis las aduanas de la imaginación!).

Anduvo y anduvo, sin rumbo, ebrio de espejismos y alucinaciones. La luna se había vuelto grande y pálida y le acompañaba a lo largo de su camino, como una fantasma.

Atravesó un pueblecito de casas bajas, situadas a ambos lados de la carretera. Los árboles eran más estilizados que en ningún otro sitio y los pequeños edificios le parecieron de pesebre, iguales a los de aquellas aldeas con casitas de paredes de cartón, que él había visto, siendo niño, las noches de Navidad, junto al hogar encendido.

No sentía el cansancio. Seguía la ruta sin fin, con luz de luna, fijos los ojos en la fina silueta que le llamaba.

—Ya llegamos, —dijo.  
—Descansemos un poco.  
Fué su sombra la que le contestó. Le había seguido en silencio, pero era perezosa y amiga de tumbarse a soñar a la sombra de los olmos.

—Mira, allí hay un estanque, —añadió, señalando un recodo al borde del camino.  
En efecto; el poeta pudo contemplar un pequeño lago, rodeado, en primer término, de dos cipreses y, más lejos, por los brazos de sombra y de misterio de la obscuridad.

—Siempre serás igual; lenta e indolente. Condescendiendo por última vez. Descansaremos por cinco minutos, para que no digas, como otras veces, que soy un tirano.

—¿Yo...?  
—Sí, no te hagas la ingénuo. Sé que lo cuentas todo a las sombras de mis amigos y que un día te quejaste a la sombra de una actriz a la que yo amaba —¡representaba tan bien el papel de Colombina, te acuerdas?— de que me escondía en los rincones de los cafés para no verte.

—¡Incierto!  
—¡Mientes!  
Carlos calló, porque sentía profanar el alma del paisaje. Además, había allí un lago, luna, cipreses..., todos los elementos de una poesía o de un sueño.

De pronto recordó su infancia, allá en el pazo solariego, ancho de risas de sol y sombras de nogales, las leyendas del abuelo. Una inquietud indecible e infinita le embargaba. Huellas confusas del pasado querían hacerse luz en su garganta. Y he aquí que por el sendero avanza con pasos lentos, majestuosos, una figura noble, la silueta de un anciano, el cuerpo envuelto en capa española, el rostro meditativo y triste.

Sus pisadas traen ecos de otra época más segura y estable, una época de distancias hondas entre hombre y hombre, de silencio de viejas catedrales, cuando las enredaderas confiaban todavía poder subir hasta el cielo y el huerto se convertía, en las noches de luna, en un jardín de estampa romántica para que

las doncellas pudieran ser seducidas por Fausto.

—¡Abuelo!  
—¡Carlos! ¡Cuánto has sufrido, hijo!

Sus ojos dulces le acariciaron la frente con brisa de chopos.

—Ya sé en qué piensas.

—Dí.  
—Ves un país lejano, de habla española, con villas de otros tiempos, cuyos monumentos hablan de luchas sangrientas entre indios y castellanos. Habitas una casa en una de sus viejas ciudades, un departamento que tú has convertido en una atmósfera de sueño y de trabajo. Escribes, febrilmente, una novela, la historia del payaso Gony, de Elena y del filósofo italiano no que te explicaba la teoría del tiempo en el pequeño café de la calle de San Pablo, de Barcelona. Tu hija, Margarita, danza, danza siempre. Alberto, rescatado del fascismo, estudia...

—Penetras en mi pensamiento y siento que quieres destruir mis ilusiones. Debo partir. Tengo prisa, mucha prisa, abuelo. Mi hija me espera y tengo que atravesar la noche larga para verla.  
—¡Iluso! Tienes demasiada sensibilidad para vivir en este mundo sin rumbo. Te separan aún de Ella muchas jornadas y muchos sufrimientos. Pareces una débil barca que busca la orilla. Sé fuerte. Los grandes barcos se han hecho para los grandes peligros y las largas travesías.

—Si tú supieras los temporales que me azotaron. Estoy cansado y enfermo. Oye, ¿quieres llevarte a las alturas una historia que me fortuna, que me martiriza, y quita el sueño a mis ojos y el descanso a mi cerebro? Escucha:

—Esto sucedía en Barcelona. Yo era entonces muy joven y mis amigos también. Nuestra peña se reunía en el "Pati Blau" un café de artistas y cortesanas. ¡Ah, tú no conoces el encanto de las controversias interminables, de los diálogos íntimos en que se habla del Greco y de Cezanne, de Volle Inclán y de Oscar Wilde, mientras el humo de nuestros cigarrillos difumina la cara de una muchacha rubia y bella que nos escucha! Tú no sabes nada sobre el surrealismo, el naturalismo y la interpretación artística de la naturaleza. Pero de nuestras pipas, como de la taza de té de Proust, salían paisajes irreales y aventuras maravillosas. Discutíamos. Sofábamos. Luego, de brazo del alba, descendíamos hasta el puerto para ver partir los buques sin retorno de nuestra fantasía.

Dime, ¿te has enamorado alguna vez? Ah! yo encontré una noche una muchacha menuda y frágil como una caña de bambú. Tenía un mirar dulce y en su acento todo el saude y el encanto de su tierra, allá en el encanto húmedo de manzanas y lluvias. Se llamaba Josefina.

Me acompañaba al "Pati Blau". Al salir, paseando por las avenidas en silencio, el poeta Mario, alto y pálido, abría la caja prodigiosa de sus relatos. Nos explicó la historia del hombre de la tartana, que por por las mañanas de los días de sol hace correr sus caballos por los distritos señoriales, ante el asombro de los buenos burgueses y la risa de los automóviles nuevos. Nada de particular en su rostro de rentista. Sólo cuando la tarde muere,

acompañada de desmayos de sauces y de los versos de todos los poetas, su rostro se anima de una sonrisa maléfica, diabólica, y detiene su anacrónico vehículo frente a una torre de las afueras de la urbe. Allí



Grabado de Alloza

tiene encerrada a una mujer esbelta y bellísima que contempla eternamente su figura en el cristal fino de un lago, junto a los árboles del jardín. Es una silueta que se mueve a lo largo de las grandes habitaciones desiertas de su casa encantada. Algunas noches, se oye el llanto de esa mujer y las notas mágicas de un piano...

Por la madrugada, en la calma de mi estudio, Josefina contemplaba el deslizarse de mi pluma sobre las blancas cuartillas que iban llenándose de personajes, de voces y de luchas. La vida estaba llena de sentido.

Vino la guerra. Había ejércitos y banderas, muchas banderas. La mía era la de los pobres y los oprimidos, la de los humildes que sueñan en una aurora eterna, la de los obreros y campesinos... Yo escribía, luchaba, al lado de las albas nuevas. Y Josefina estaba a mi lado, con su mirar dulce y su sonrisa. ¿No es bello morir así, por

una causa justa, dejando detrás un manojo de imágenes y unos ojos tristes? Pero... una noche de infierno supe que hace ya tiempo que se han marchitado todas las rosas y todos los lirios, y que Josefina era otro "actor mediocre" jugando un personaje de farsa... La encontré en brazos de otro ¡como una perra!

Entonces, pude apretar con más fuerza mi fusil contra todos los ciegos podridos que envenenan nuestras almas. Pero ahora sólo queda mi hija.

—Y el mundo, ¡Y la batalla que sigue!...

—Margarita!  
—Escucha, aún. ¿Quieres que ahora sea yo el que te cuente una historia, un relato triste y magnífico a la vez, más bello y más triste que la sonata de un violín en medio del silencio de la noche?

—Cuenta.  
—En San Gervasio, en medio de las torres de los comerciantes catalanes, hay una sencilla casita de tejas amarillas. Tiene un patio pequeño, recóndito, con un fuente en el centro, un cerezo en flor y rosas blancas. Habita en ella un pintor y sus tres hermanas, Rosa, Blanca y Elvira, bonitas como una balada de Heine.

El pintor es un artista de una sensibilidad finísima, enfermiza, que hace retratos ideales y marinas de ensueño con colores vagos, difuminados. Juega el gris, el gris plata y el azul pálido, de atardecer. No tiene éxito, porque no frecuenta los círculos de "snobs" ni es el

amante de ninguna "cocotte". Se reúne con un grupo de escritores, filósofos y payasos en un café de estampa ochocentista, con divanes rojos y anchos espejos de otra época. Son artistas sinceros y pobres como él, que trabajan en silencio, con ritmo de eternidad, lejos de los aplausos fáciles y de las bambalinas. La vida es dura para nuestro amigo; a veces no puede comprar ni colores y pasea por las afueras de la urbe, por las avenidas en silencio, hundido en una madeja de crepúsculos y albas inefables. Por la noche dibuja bocetos de campesinas y bailarinas estilizadas, que las tres hermanas, sentadas formando rueda en torno a la mesa, convierten en muñecas de bazar con un poco de serrín y un poco de tela.

En la casa de al lado vive Johe el usurero. Es un judío bajito, emcienque, de ojos azules que absorben las líneas torpes de su figura

(Pasa a la página 3)



## POEMA MUDO

Tiempo atrás,  
tu mirada  
—claro idioma a un amor tartamudo—  
fué una frase oportuna,  
un trino robusto lanzado a los vientos,  
un ala que se abre a los cielos,  
un cielo entregado a las alas.

El que supo de las lejanías.  
El que pudo dialogar con tu ausencia,  
te seguía mirando, mirando...  
(Su mirada no tuvo respuesta).  
Para él,  
la mañana viajera  
cabalgó sobre brumas,  
el anhelo encarnó en imposibles.  
Fuiste entonces:  
un paisaje cortado de lluvia,  
como un trino dormido en el bosque,  
como un ala cerrada a los cielos,  
como un cielo negado a unas alas.

Traductor de silencios,  
él te vió muy lejana del tacto:  
cielo azul, horizonte marino.

Sin saberlo quizás,  
sin quizás presentirlo,  
saturaste de emociones su vida  
¡al quedarte dormida en su insomnio!

MANIFIESTO ANTE LAS GRACIAS  
DE UNA MUJER

Purificado el pensamiento,  
tras de tí,  
mis voces han salido descalzas,  
ingenuas,  
como si me hubiese retoñado la infancia,  
cuando no en las carnes  
en el alma.  
(En la voz que te nombra  
se va un poco de alma).

Asomada al recuerdo,  
te he soñado perfecta  
en el mundo imperfecto  
que ha dejado tu ausencia.

He tenido,  
para verte:  
unos ojos de niño tonto;  
para amarte:  
una pureza adulta  
en corazón de quince años.

## ACUSTICA INTERIOR

Caminante:  
sobre mi pensamiento  
quedaron huellas de armonías;  
tu palabra está fija en mi silencio;  
otras veces  
—brisa declamadora en los pinares—  
se ha deslizado suavemente,  
musicalizando.

No extrañes que reviente en ritmos:  
he anclado en mi ser  
tu menor movimiento.  
Viajas con mi emoción:  
en la ruta de cada poema,  
en las alas de cada inquietud.

Por eso,  
en este instante,  
pensando en tí,  
agua de eternidad  
se vuelve el pensamiento;  
y apagando la sed de mis angustias,  
¡cantan los manantiales del recuerdo!

## 5

poemas de  
Rubén Suro

Rubén Suro pertenece a esa juventud fervorosa y entusiasta de "Los Nuevos", que tan firmes valores ha señalado ya en el mapa de nuestras letras. Por su dinamismo, por su aliento de albas nuevas, su nombre está clavado en las hileras de la más joven literatura.



Rubén Suro, visto por Darío Suro

ESTROFAS DE PUEBLO  
PARA MUCHACHA DE CAMPO

¡Qué traje el que yo te traje  
del pueblo aquella mañana;  
luciéndolo siete días  
se endominga una semana!

Martes en el calendario,  
pero domingo en tu traje.  
Agua limpia, brisa y sol,  
¡qué fácil tu maquillaje!

Muchacha de la sabana,  
retina para verdores,  
en tu voz hallaron jaulas  
alondras y ruiseñores.

Cómo me río del río,  
que, ambicionando agua clara,  
en tus pupilas mil veces  
lo ví lavarse la cara.

Ruborizado y arisco,  
cuando desnuda tú asomas,  
cambia su azul en verdores  
el camaleón de las lomas.

Y al baño, muchacha, al baño!  
sin dueños del caserío:  
bebiendo sus trasparencias  
le quitas la sed al río.

Cuidado con quien te toque  
la epidermis quinceañera;  
caricia para tus carnes:  
¡el agua de la chorrera!

Poemas a la muchacha  
que está a 42 kms.

Eres:  
estéril a la caricia;  
cruel en el adiós;  
cerrada al beso:  
abierta al halago.  
Un 50 por ciento de coquetería;  
otro tanto de vacilación.

Trenzas:  
cordones de infinito  
para bajar hasta tu corazón:  
lazos para la horca  
de algún poeta romántico.

Estás:  
sin retoques.  
fija,  
como un clisé en mi alma:  
frase en mis labios:  
imagen en el verso:  
realidad en mis retinas.

Te siento:  
carne de poema;  
música en la risa;  
emoción siempre.

Por tí,  
tras de tí,  
recorre diariamente  
42 kilómetros  
mi pensamiento!

## LA NOCHE . . .

(Viene de la página 2)

con un rasgo de belleza. Durante el día acuden a su ventanilla seres desgraciados, gentes que ofrecen sus modestas joyas, pobres mujeres que cambian los recuerdos y los objetos del hogar por un poco de dinero, personajes que mueven los hilos de un teatro de tragedia, de pesadilla.

Y... ¡maravillate ahora! Cuando llega el silencio y salen las primeras estrellas, ese espíritu vil, ese animador de dolores, coge su violín y le arranca notas dulces, nocturnos maravillosos, quejas que se clavan en los senos de la noche como una lluvia fina de recuerdos. ¿Conoces tu tanta belleza y tanta sublimidad en una misma alma? Además, el pequeño avaro tiene un secreto, un secreto que sólo yo conozco y que guarda mejor que el oro de sus arcas: ama a Rosa, la mayor y más linda de las tres hermanas de la casita de tejas amarillas...

—...que tiene un patio recóndito, con una fuente en el centro, un cerezo en flor y rosas blancas.

El escritor ha pronunciado la última frase con voz débil, como siguiendo los hilos de un sueño. El abuelo permanece en silencio. La vista fija en el horizonte, que amenaza romper con la primera luz del alba Carlos inquiere:

—¿Lo sabe ella?

—Lo intuye

—¿Y cómo termina tu historia?

—No termina. Continúa. Sus héroes son personajes reales, que alguien ha creado para que haya un poco de belleza en nuestro mundo sin sueños y sin poesía.

—No seas cruel. Dime el final.

—No puedo, está en manos del Destino, del Destino que todo lo puede, que juega con nuestras vidas como el viento de otoño con las hojas de los árboles.

—¡Entonces, yo, mi vida, mi... está en manos del azar?

—Sí.

—Imposible! Mi voluntad.

—¡Pobre iluso!

—¡Margarita!

El escritor se levanta y echa a correr por los primeros caminos del alba, que proyecta claridades sobre el agua de los estanques y los secretos del bosque, presa de una inquietud infinita. El abuelo le sigue, atormentado...

x  
x x

Carlos despertó de su sueño, sorprendido de encontrarse sobre una circunferencia de fina arena. La silueta del abuelo ha desaparecido. A su alrededor los "marabús" le miran con una sonrisa piadosa. Una lluvia de sol tenue se lleva el cielo, la luna y las estrellas de aquella noche de las maravillas.

Baltasar Miró

Francia, Campo de Mars.  
23.27 Octubre 1939.

MARIO R. LLUBERES

— ARQUITECTO —

TEL. 1474

CIUDAD TRUJILLO



animador:

baltasar miró

redacción:

mercedes, 4

# AGORA

año 1

número 11

ciudad trujillo

república dominicana

junio 1 de 1941

LAS LETRAS, LAS ARTES, EL PENSAMIENTO

## LO HUMANO: NOTAS PARA UNA VALORACION

por JOAQUIN SALAZAR (hijo)

Es curioso observar como, en el juicio de los hombres, sufre de mutaciones y de tergiversaciones extrañas la noción de humano. La significación de tal concepto ha sido de tal modo trastocada que, se hace necesario decirlo, es poco menos que imposible determinar rigurosamente los precisos límites de su proyección significativa intencional. Claro está, que la vigencia de esta afirmación se concentra al plano mental del "hombre medio": de aquel hombre que ha recibido pura y simplemente los contenidos culturales e históricos incidentes en su propia personalidad, en la medida de un patrimonio heredado, inmutable, y que solamente interviene en la elaboración de estos elementos por fuerza de los íntimos procesos infracógnitos (con el término genérico se evade toda discusión de tipo psicológico); en fin, tal ha sido afirmado, atendiendo a la índole intelectual del "hombre ingenio", para emplear el vocabulario aceptado en nuestros días.

Tarea árdua será aquella encaminada a la determinación y fijación de las notas conceptuales que, en la mentalidad del "hombre de la calle", conforman y validan lo humano. Imposible quizá, por lo diverso y, aun, por lo contradictorio del contenido que, en los ámbitos existenciales de la individualidad acrítica, se atribuye al término. Sin duda, es mucho lo que tenemos que lamentar —los hombres de hoy—, como resultado de la vaguedad anotada en el contenido lógico de un vocablo, de corrientísimo uso por lo demás.

Es difícil intuir la importancia que encierra para nosotros, los hombres del mundo libre de nuestro tiempo, un riguroso cuidado en la atención de tales elucidaciones. Ellas deciden, en último grado, la propia valoración de la personalidad humana; ellas inspiran y demarcan el rumbo de la vida individual; ellas señalan la calidad y el sentido de los propósitos del hombre. Porque ellas denuncian todo un complejo proceso intelectual conexo, en la intimidad de la conciencia, por firmes y poderosas raigambres, a la totalidad de los dinamismos subjetivos. La psicología moderna lo tiene bien sabido: todos los procesos psíquicos, prescindiendo de las diversidades específicas, están sometidos a la acción correlativa del complejo funcional de la conciencia. En otros términos: la conciencia es en sí un sistema unitario de actividades, todas ellas solidarias en su conjunto de manera tal, que cada una de sus funciones habrá que ser ponderada en referencia al sistema todo. En el caso particular de la atribución de las notas conceptuales que determinen el contenido lógico de humano, ha de aportarse, integralmente, las determinaciones subjetivas intelectuales y no intelectuales; lo que equivale a decir que en la simple discriminación del alcance mental de una palabra, concurre insensiblemente el caudal de la personalidad humana.

Y recíprocamente: el producto lógico de tal decantamiento ha de actuar de manera apreciable en la evolución de la personalidad misma. De donde, la simple reflexión valorativa de un término usual, como lo es humano, habrá de manifestarse como un punto, único y precioso, en que se muestra, desnuda y total, la compleja actividad que irrumpe desde el fondo de lo más íntimo de nosotros, revelando, por la amplitud de los procesos que en ella intervienen y por la fuerza de los caracteres de originalidad que encierra, los contenidos de la personalidad entera.

En el caso del término cuya valoración nos ocupa, los elementos del juicio que anuncie nuestra definición, dirá escuetamente lo que pensamos, lo que esperamos sea el hombre. En la extraordinaria sencillez de un juicio habremos expresado lo que somos para nosotros mismos, lo que esperamos de nuestra propia personalidad. Que es toda una actitud ante la vida! Porque, ello no puede ser sometido a

discusión, nuestra concepción de nosotros mismos, esto es, del conjunto de dinamismos en que se resuelve nuestra existencia en el mundo, de las posibilidades y de las limitaciones, de las corrientes afectivas y los impulsos volitivos y las elaboraciones intelectuales, de todo el complejo maravilloso que conocemos como el hombre vivo —¡plenamente vivo!—, habrá de darse en una suerte de secuencia ideal, en que el fundamento ha de ser el propio contenido que atribuyamos a la nota específica que nos distingue y caracteriza, oponiéndonos a todas las demás manifestaciones del mundo de la vida: lo humano.

Lo que hace al hombre un hombre. Aquello que apunta lo propio en el hombre, diferenciándolo y contraponiéndolo en la escala biológica. Lo que hace que éste, el hombre, no sea un animal más...

Es, pues, fácilmente determinable la conclusión de nuestras inferencias: el juicio que define el concepto "humano", revela lo que somos; porque su expresión, que podría creerse de pueril y simple función lógica, contiene una indeneable nota integral con respecto al grado y a las calidades de la personalidad enjuiciante. Lo que atribuyamos como tal contenido, será la manifiesta expresión del conjunto total de los elementos animantes de la personalidad misma. Ello diseñará objetivamente el sentido auténtico de nuestras aspiraciones, el grado coactivo de nuestras inhibiciones, la selección valorante de nuestros ideales, la singularidad indicativa de nuestra actitud ante la existencia toda.

Nada tan decisivo para definir la personalidad de los hombres, como la propia valoración de "lo humano". La elección de las notas que lo integran, ocurrida en la actividad silenciosa y torturante de la conciencia, no se reduce a la expresión de una simple función indicativa, sino que, como en toda manifestación subjetiva, arranca de los "modos" peculiares a la singularidad del hombre persona —de las valoraciones, afectaciones, actividades, y aún de los factores físicos y fisiológicos—, en su síntesis unitaria. Es, el "modo", o mejor, el estilo de cada hombre es lo que se revela en todo sistema conceptual, y particularmente en el juicio acerca de lo que el propio hombre es. Porque tal implica la valoración de "lo humano". Vémoslo: si humano expresa la nota peculiar que nos especifica en las ordenaciones de la vida; si humano, como estructura lógica, muestra los acentos de la personalidad; tendremos que el juicio expresivo de lo que para nosotros es "lo humano", habrá de denunciar forzosamente la medida en que cada hombre se eleva a sí mismo, y a la especie, por encima de las escalas de la vida organizada. O mejor: tal juicio mostrará una pura correspondencia en la totalidad de la conciencia humana, suficiente a señalar la cualidad determinante del hombre en cuanto tal.

Parece incontestable, por tanto, la necesidad de una valoración y revaloración constantes del contenido lógico de "lo humano", si es que nos ha de inquietar y pre-ocupar la suerte de la personalidad humana en el inescrutable devenir del mundo. Lo aciago del momento presente, en que la trágica crisis racional por que atravesamos los hombres de hoy, rebasa en mucho todos los pesimismo que hubieran podido acumularse acerca de la acción del hombre en la tierra, nos hace tal valoración de una urgencia incalculable. Hoy por hoy, los hombres sacrifican el acervo de tesoros incompensables, empeñados en el predominio de una de las dos nociones extremas posibles de lo humano. Tal la gravedad de la reflexión rigurosa sobre sus contenidos.

Excusada la digresión, y retornando al propósito de estas notas, hay una extraña concepción del término, ambiental quizá, que le atribuye a tal noción solamente sus contenidos negativos, de turbio y

desdichado pesimismo. Expliquémoslo claramente: el "hombre de la calle", quizá el nuestro, justifica toda situación vital cuyo rumbo esté sometido a la vigencia de un valor negativo cualquiera —injusticia, ilicitud, inutilidad, odiosidad, maldad, etc.— por la aplicación de un absurdo criterio de "lo humano". O bien: para el hombre "medio", la nota humana que ha de darse en las acciones de los hombres se identifica con las valoraciones negativas. Para éste, humanas serán todas las manifestaciones en que, en la vida, se expresan la injusticia y la inutilidad, lo ilícito y lo malo, lo ridículo y lo execrable.

¡Esteril humanidad habría de ser la nuestra, si su peculiaridad caracterizante quedara reducida a la simple negación de los valores que la dignifica y enaltecen! En verdad, si bien por la propia conformación subjetiva, que es ya en sí misma el punto de partida de lo específico humano, el hombre crea y trasmuta las valoraciones todas, positivas y negativas, dignificantes y denigrantes, es inconsecuente restringir la categoría humana a los límites de uno de los tipos en que esta misma categoría se expresa y manifiesta. Eso es confundir al todo por la parte. Y por la parte tenebrosa, por cierto.

El hombre es en sí mismo un propósito: "un ensayo de la naturaleza hacia el hombre", se ha dicho en lenguaje romántico. Es, precisamente, su capacidad valorante la que hace posible que el "propósito", de reducida acción biológica y social, se torne aspiración en la personalidad humana, y luego, realidad en la cultura.

Para finalizar con el análisis de un caso: lícito o ilícito, son los extremos conceptuales en que se objetiva un proceso valorativo determinado; en la conciencia humana, estos conceptos se proyectan, hacia la propia individualidad como un ideal que cumplir, y en los términos de ser en la colectividad, que es además todo hombre, como una objetivación que realizar. Sus formas ideales son la justicia y la injusticia. La realización histórica de lo injusto es, si hemos de tener por ciertas a la historia y a la experiencia, una absoluta negación de la posibilidad misma de la convivencia humana, y aun de toda forma colectiva de acción humana; lo que es un escarnio a todo cuanto justifica, por la nobleza y generosidad que envuelvan, las manifestaciones humanas. Por otra parte, la Justicia, que es la sublimación ideal del término positivo de la valoración, es, en cambio, la luminosa afirmación de la perennidad de la vida social entre los hombres, y lo que es más importante aun, lleva en sí misma la excelsa potencia alentadora de toda expresión de la personalidad del hombre. Porque la personalidad implica una abstracción de todo elemento coaccionante, y la Justicia, fundamentada en el cumplimiento de la libertad, como toda realización de un valor positivo, es un espléndido triunfo de la dignidad humana.

FUME  
Cigarrillos  
CREMAS

## MOTETE VEDRINISTA

por VIGIL DIAZ

Marchaba a paso lento, de dromedario,  
completamente cargado  
de complicadas iniciativas, de esencias y desmayos...

Me encontré con el Mar,  
me dió su aliento y me acarició las entrañas.  
El acre olor de las sedosas axilas de la noche,  
me despertó anhelos de crímenes y violaciones:  
(conos de sombras).

El suicidio,  
como un geroglífico,  
me signó la frente...

Cruzó,  
junto a la playa,  
una máquina oscura,  
repleta de hombres sucios,  
fuertes,  
sencillos,  
y felices...

Y me quedé completamente acompañado,  
porque me quedé,  
completamente solo,  
con la noche y con el Mar...

(Envío: Para Joaquín Salazar (hijo), porque sabe del tono *fá grave* de los misterios psicopolíneos).

## PERO ANSINA NO SIRVE...

por FREDY MILLER O.

Cuento campero.

Querido Eduardo:

Perdona la imprudencia. Pero confío en tí como amigo é confianzay a tí me abrazo en este apuro. Etoy enriedao y eres el llamado únicamente pa'sacarme del agua. Tu sabe que fui chúcaro dende que era potrero. Cuando alargué un poco y mama dipuso pa mi la escuela, fui entretenido. Nunca supe aprender. No pude. Me llamaba más el canto de un ruiseñor atrevio que cantaba en la vera e la clase. A vece ponía coraje pa entender lo que voclabla la señorita, pero entonces cruzaba el aire un cigarrón y aunque hacía fuerza mis ojos eran del. Cosas... Tu debe de recordar un día en que ella achicó su pacencia y entonces tiró dos patá e mula loba diciéndome: —Juliano, ya eres un hombreito. Vas a ser bien parecío. Te daré vergüenza algún día ser hoy tan desaplicao. Ese día no llegué al rancho. Fui al río y bañé my vergüenza junto a los juncos. La maistra me había dicho guenmozo y eso me hizo viejo. Me subió la vergüenza como te dije i dispulé no pude golver más a clase. Al meno aprendí a escribir. Malo, pero en fin peleó y me arreglo. Verdá que hay vese que no entiendo por qué mucha letras iguales suenan distinta. Yo las hemporvoreo como mejol me suenen. Hademás muchas vese me dan gana de ponerle hache a toa las palabra.

Yo etaba orgulloso de mi inteligencia porque mama se ponía de noche a verme escribir notas y lloraba casi de orgullo. Dispué se fijaba en alguna letra rara como T que ella bautizó la letra del crito y se iba reyendo. Pero ahora me sé burro. Necio. I por eso e decidí escribirte a tí. Tu eras siempre inteligente y supites mas que

yo. Eres el único que puede safar-me el nudo.

Hace poco el dueño e la hacienda mandó un papel y con el papel vino una muchacha. Blanca. Fina. Como un lirio e jardín. Es el caso que ha venio con la intención de pasar seis mese. Dique a cojer salú. Llegó ará quince días. Y yo la vide en la noche. Había luna y ella brillaba más. Daba envidia a los lucero. Al otro día guelvo a mirarla i no tuve tiempo pal arreo. Al otro día salió a ver los conuco y por tarla mirando descaudé y se rompió el arao. El fin no son eso to los dolore. Ahora me gusta. Etoy enamorado. Loco. Ella vino a cojer su salú y a embrobecer la mia. Te lo aseguro. No como No duermo. De noche rondeo su rancho y los pinos me miran como fantasma. Los cocuyo me dan güelta, y ansina me cojen lo canto e los gallo y el trinar de los pájaro.

Ayer me hablé y quedé mudo. Pensé decirle i no pude. Etoy como tonto. Veo seco los potrero y verde la sabana y es porque ella corre entre el pajón, se sofoca y entonces viene roja. Linda como una rosa!... La quiero Eduardo. Pero ella es fina. De suidá. Yo soy bruto y campero. Es inútil. Si le digo la pierdo y se le escribo lo mesmo. Entonces me mato. Te lo aseguro. Tu puedes salvarme. Eres más conocedor y además hace diez año que llevas vida e capital. La otra vez que fui a tu zapatería vide una carta pa tu novia que decía: "Dedicada Ugenia: pongo el lápiz tembloroso sobre el papel perfumado." Bueno, una cosa ansina quiero yo. Pero echa con cuidado. Mira que es fina y de suidá. Ahora me pesan las palabras de la maistra. Por Dios sálbame. Tu ere mi hombre. Yo le había echo un escrito en mi forma. Pero ansina no sirve. Tuyo,

Juliano.

J. R. Roques Martínez  
y  
Moisés de Soto Martínez  
Abogados.  
Conde, 91—2º piso.